

este día sin poner eficaz remedio á tu tibieza. Nota desde luego los puntos en que te sientes relajado; la oracion, las devociones, las penitencias, las mortificaciones, todo lo que comenzaste á hacer, y despues has omitido. Si eres religioso, apunta las reglas en cuya observancia te dispensas, las órdenes de los superiores de que haces poco aprecio; y en cualquiera estado en que te halles, nota todo aquello que necesita de remedio pronto. No te contentes con decir: *Ya me acuerdo de ello, todo lo tengo muy presente.* No puede sufrir el enemigo de nuestra salvacion que se escriban los propósitos, porque sabe bien que es admirable remedio para que sean mas eficaces. Escríbelos, vuelvo á decir, y entrega á tu director el papel donde notares los puntos de tu reforma, suplicándole que en todas las confesiones te pida estrecha cuenta de ellas. Con estos medios, y con semejantes piadosas industrias, se recobra presto el fervor, y se anda mucho camino en poco tiempo.

2. Cuando leas las vidas de los santos, repara cuidadosamente la exactitud con que fueron fieles en las cosas mas pequeñas. Ninguno dejó de ser muy sobresaliente en este particular, porque no hay medio mas seguro para conservar la inocencia. Hacia de ellas tanto caso san Francisco Javier, que en medio de las mas importantes y mas trabajosas ocupaciones, era tan exacto en cumplir con sus devociones, como pudiera el novicio mas fervoroso. Profesaba tierna devocion á las cinco llagas de Cristo y á la Concepcion de la santísima Virgen, haciendo todos los dias la corta oracion con que se acabará esta novena.

Oracion para el último dia de ella.

« Glorioso san Francisco Javier, que tuvisteis siempre tan grande fidelidad en las cosas mas pequeñas,

» tan afectuosa devocion á las sagradas llagas de
» Cristo nuestro Señor, y tan tierno amor á la santísima Virgen; suplicóos que me alcancéis de Dios
» estas mismas virtudes; que de aqui adelante sea
» siervo fiel en las cosas mas menudas, de que hace
» tanto caso el soberano Dueño; que en vida y en
» muerte halle abrigo en las sagradas llagas de mi
» Salvador, y que en todo tiempo encuentre en la
» santísima Virgen todos los oficios de una buena
» madre. No permitais que acabe esta novena sin
» conseguir la gracia que tantas veces os he pedido
» en ella, si ha de ser para mayor gloria de Dios y
» bien de mi alma. Amen. »

Oracion de san Francisco Javier á las cinco llagas.

« O Jesus, Dios de mi corazon, suplicote por aquellas cinco llagas que el amor á los hombres te abrió en la cruz, favorezcas á tus siervos, que rescataste á costa de tu preciosa sangre. Amen. »

DIA TRECE.

SANTA EUFRASIA, VÍRGEN.

Santa Eufrasia, mas ilustre aun por su eminente virtud que por su esclarecida nobleza, nació en Constantinopla hácia el fin del cuarto siglo, siendo emperador Teodosio el Grande, con quien estaba emparentada. Su padre Antigono, gobernador de la Licia y del orden senatorio, era el señor mas estimado y mas virtuoso de Constantinopla; su madre Eufrasia, siendo el ejemplo de todas las señoras cristianas, era al mismo tiempo la que mas brillaba en la corte.

Habiendo ofrecido á Dios á su hija Eufrasia, único fruto de su matrimonio, convinieron los dos de común acuerdo en vivir lo restante de sus dias en continencia, para dedicarse á la virtud con mayor desembarazo.

El principal objeto de las atenciones de la virtuosa madre fué la educacion de su hija. Persuadida de que su mayor y mas esencial obligacion era criar aquella tierna niña en el temor santo del Señor, no aguardó á que la edad la despejase la razon para hablarla siempre de Dios; siendo esta su continua conversacion desde que la niña pudo oirla, aunque no fuese capaz de entenderla. El ordinario asunto de las lecciones que la daba, eran el temor de Dios, las verdades de la Religion, la salvacion eterna, el horror al pecado, y el amor de Jesucristo; y la niña Eufrasia, que estaba dotada de ingenio vivo y de un excelente natural, se supo aprovechar tan bien de lo que oia, que á la edad de cinco años era ya la admiracion de la corte, y la miraban todos como un pequeño prodigio.

En esta tierna edad perdió á su padre Antígono, que habiendo sido la edificacion de la corte y de todo el imperio por su bondad natural y por la excelencia de sus cristianas virtudes, fué á recibir la recompensa en el cielo, dejando cubierta de luto á la corte y al palacio, y quedando inconsolables el emperador y la emperatriz por pérdida tan sensible. Tomaron sus majestades debajo de su imperial proteccion á la niña Eufrasia, y se encargaron con singular gusto de su tutela.

Era natural que á una heredera tan rica y de tan elevado nacimiento no la faltasen pretendientes; y así, aunque contaba solo cinco años, se declararon por tales los mayores señores de la corte. Queriendo el emperador preferir á un jóven senador, que tambien era muy rico, se lo propuso á su madre, aconsejan-

dola que le prometiese á su hija. Admitió la proposicion aquella Señora; firmáronse los contratos, y se convino en esperar á que la niña tuviese la edad correspondiente para desposarse.

Pero como la misma madre era celebrada por la mayor hermosura de la corte, tan jóven que no pasaba de veinte y dos años, de la primera calidad, y no menos rica que su hija, aun era mas pretendida que ella. Apurábanla todos para que volviese á casarse, y hasta el mismo emperador se lo aconsejaba. Eufrasia, que aun durante el matrimonio habia hecho voto de castidad, conoció que era menester retirarse de la corte para poner á cubierto su viudez. Poseia en Egipto cuantiosos bienes, y con pretexto de visitarlos emprendió un viaje á aquella provincia, llevándose consigo á su hija; pero el verdadero motivo era buscar en ella algun retiro donde pudiese dedicarse únicamente á Dios lo restante de su vida.

Apenas llegó á Egipto, cuando todos los monasterios vecinos y los pobres de la comarca experimentaron los efectos de su ardiente caridad. Sirviéronla sus grandes riquezas para hacer grandes limosnas; y todo su estudio fué aprovecharse bien de los grandes ejemplos de virtud que encontró en aquellos desiertos.

Habia en una ciudad de Egipto un convento muy numeroso de religiosas que profesaban perpetua clausura y una vida muy estrecha. No comian carne, ni pescado; no bebian vino, ni aun usaban de aceite; sustentábanse de solas legumbres, no probaban fruta, dormian en la desnuda tierra, comian una sola vez al dia, y muchas pasaban dos dias enteros sin comer, huyendo todas de cuanto podia tener visos de delicadeza ó de regalo.

Cautivó á la virtuosa viuda la extraordinaria virtud de aquellas santas virgenes, sobre todo despues de haber hecho experiencias y tenido pruebas con-

cluyentes de su gran desinterés; porque deseando que las tocase mucha parte en sus cuantiosas limosnas, jamás pudo reducir las á que admitiesen una gran cantidad de dinero que las envió, alegando ellas constantemente que las bastaba el trabajo de sus manos para sustentarse. Lo mas que pudo conseguir, y eso por complacerla, fué que aceptasen una corta porcion de aceite para la lámpara, y algunos perfumes aromáticos para quemar en la iglesia.

Como continuase en hacer frecuentes visitas á aquella santa casa, un día entró en ella con su hija, á la sazón de solos siete años. La prelada del convento, que no acababa de admirar la anticipada cordura y la extraordinaria devocion de la niña, la preguntó por entretenimiento á quién queria mas, ¿á las monjas, ó al caballero á quien estaba prometida? Respondió la Niña: *Ni yo le conozco á él, ni él me conoce á mí; pero las monjas todas me conocen, y yo las conozco á todas, y tambien las quiero á todas. Ahora,* añadió la santa, *tambien quiero yo hacer otra pregunta: ¿Y las monjas á quién quieren mas, al caballero á quien estoy prometida, ó á mí?* Sonrióse la prelada, y la respondió: *Hija mía, á tí todas te queremos mucho, y tambien te quiere mucho nuestro Señor Jesucristo. — Pues tambien yo quiero mucho,* replicó Eufrasia, *á todas las monjas y á Jesucristo nuestro Señor.* La santa madre, que estaba oyendo la conversacion de su hija, llena de gozo, y apenas pudiendo reprimir las lágrimas, la dijo disimulando su alegría: *Vamos, hija, que ya se hace tarde, y la madre abadesa tiene que hacer.* Aquí la niña: *Usted, madre, si se quiere ir, puede hacerlo cuando fuere servida; que yo, con su licencia, quiero quedarme con estas monjas que me quieren mucho.* Dijo la prelada: *Hija mía, es menester que te vayas con tu señora madre; porque dentro del convento no puede quedar ninguna que no esté consagrada á Jesucristo.*

¿Y dónde está Jesucristo? preguntó la niña. *Ves allí su imagen,* respondió la prelada, enseñándola un crucifijo. Corrió la niña hácia él; hincóse de rodillas, abrazóle tiernamente, y exclamó diciendo: *Vos sois mi Señor, yo me consagro á vos para siempre, dulce Jesus mío; no saldré de este convento, porque no quiero otro esposo que á vos.* Asombrada la superiora, sin acertar á contener la admiracion ni las lágrimas; la replicó: *Hija mía, no te puedes quedar con nosotras, porque no tenemos donde ponerte. — Eso no importa,* madre, respondió la fervorosa niña, *yo estaré donde están todas las demás.* No fué posible ni á la superiora ni á la madre reducirla á otra cosa, y se vieron precisadas á dejarla en el convento esperando que presto se disgustaria de aquella vida. No obstante, aun hizo otra tentativa la prelada; díjola en presencia de su madre que si queria quedarse dentro de la casa, era menester que aprendiese el salterio de memoria, que ayunase todos los días, y en fin que había de cargar con todas las penitencias y observancias de la regla. A todo se ofreció la niña Eufrasia con una intrepidez y con un aliento que pareció cosa sobrenatural. La buena madre, deshecha toda en lágrimas de consuelo, la abrazó con gran ternura, tomola de la mano, llevola delante de un crucifijo, y ella misma ofreció á Dios aquella inocente víctima que el mismo Señor habia escogido; entrególa despues á la prelada, y se retiró á su casa, desprendida ya enteramente de todo lo terreno, y viviendo desde entonces únicamente para el cielo.

Pocos días despues recibió la niña Eufrasia el hábito y velo de religiosa, siendo admiracion de las mas ancianas su devocion, su fervor y su espirituoso aliento. Ni se tardó mucho tiempo en recoger los frutos de tan extraordinaria vocacion.

La madre Eufrasia, excitada cada día mas con el ejemplo de su santa hija, se entregó con mayor fervor

que nunca al ejercicio de todas las virtudes. Luego que vió á su hija consagrada á Dios, consideró que no tenia mas hijos que los pobres. El ejercicio continuo de oracion y la vida penitente que hacia, debilitándola la salud, adelantaron el premio de sus merecimientos. Dijola un dia la prelada del monasterio que habia visto á su marido Antígono rodeado de resplandores, que convidaba á su esposa para que le fuese á hacer compañía en la gloria. Desde aquel punto se dispuso para la muerte redoblando su fervor, y pocos dias despues, llena de merecimientos, descansó en el Señor, siendo enterrada en el mismo convento; y la Iglesia griega celebra su memoria, juntamente con la de Antígono su marido, el dia 11 de enero.

Luego que el emperador tuvo noticia de su muerte, se la hizo saber al jóven senador á quien estaba prometida su hija, y al mismo tiempo le hizo tambien saber la profesion religiosa de esta: el senador suplicó á su majestad imperial se dignase escribir á Eufrosia, acordándola la palabra que su madre y parientes le tenian dada, y así lo hizo. Pero la santa, luego que recibió la carta del emperador, le respondió con estos precisos términos, siendo ella misma la que notó la respuesta:

Señor Emperador:

V. M. aconseja á su sierva que prefiera un hombre mortal á Jesucristo, el cual se dignó escogermé para esposa suya, y me tiene preparada una felicidad eterna en la mansion de los bienaventurados. No quiera Dios que vuestra humildisima sierva tenga jamás tan injusto y tan impio pensamiento. Yo soy ya de Jesucristo, y no puedo ser de otro alguno: todo mi desco es que el mundo no se acuerde mas de Eufrosia. Suplico humildemente á V. M. que mande distribuir á los pobres, á los huérfanos y á las iglesias, todos los bienes que mis padres me dejaron en Constantinopla y en sus cercanias; que se dé

libertad á todos los esclavos de mi casa, y que se perdone á los administradores y renteros míos todo cuanto me debieren despues de la muerte de mis padres.

Enternecióse tanto el emperador con esta carta, que la hizo leer en senado pleno, y mandó se ejecutase exactisimamente todo lo que la santa prevenia.

Si fué admirable su desasimiento de todas las cosas del mundo, no fueron menos asombrosos los progresos que hizo en el camino de la perfeccion. Desde edad de doce años se habia acostumbrado á comer una sola vez al dia, y eso al anocheecer; despues solo tomaba alimento de segundo, y algunas veces de tercer en tercer dia. La humillacion y la abnegacion de sí misma no podian subir mas de punto. No habia oficio tan bajo, que no pretendiese con ansia; ninguno tan vil, en que no se emplease con el mayor gusto; y el que la viesse en lo que se ocupaba y el esmero con que lo hacia, creeria sin duda que habia nacido esclava, y que jamás se habia empleado en otra cosa.

Con todo eso, aquella vida tan inocente y tan dura no la eximió de las mas molestas y de las mas enfadosas tentaciones; pero la sinceridad y la humildad con que las descubria y declaraba á los que le tenian el lugar de Dios, condujo mucho para que siempre saliese victoriosa; y todos los artificios del enemigo de la salvacion solo sirvieron para hacerla mas humilde, mas mortificada, y para que adelantase su abstinencia al extremo de no comer mas que una sola vez cada semana, sin que por eso se debilitase su naturaleza, conservándose tan vigorosa, que á los veinte años fué la mas robusta de todo el convento.

Por mas cuidado que ponía en olvidarse ella misma, y en hacer que las demás se olvidasen de lo que habia sido, considerándose como la última de toda la casa, y deseando que todas la tratasen como á tal, con todo eso hacia todas las cosas, aun las mas bajas, con una

especie de natural dignidad, que no era posible dejarse de conocer que habia nacido princesa.

El extraordinario mérito de la jóven Eufrasia, y la singular estimacion que todos la tributaban, excitaron, como ordinariamente sucede, los zelos y las enviduelas de otras religiosas de mas humilde nacimiento, y de no tanta virtud. La que mas se manifestó entre todas fué cierta monja imperfecta llamada Germania, que trató á nuestra santa de hipócrita y embustera, diciendo que todos sus actos de humildad y todas sus penitencias eran pura hazañería, solo por singularizarse, y para que algun dia la hiciesen abadesa. Sorprendida la humildisima virgen al oír semejante discurso, se arrojó á los piés de aquella inconsiderada religiosa, y con la mayor humildad la pidió perdon, suplicándola que rogase á Dios por ella.

Dió luego á conocer el Señor cuán grata le habia sido la paciencia y la humildad de su fiel sierva, por las gracias extraordinarias y por el don de los milagros con que la favoreció. Pero no poseyó por mucho tiempo la tierra este precioso tesoro. Acabó presto Eufrasia una vida tan santa con una preciosísima muerte. Sucedió esta el dia 13 de marzo por los años de 410, teniendo treinta de edad, y habiendo pasado los veinte y tres en el convento.

La misa en honra de nuestra santa es del comun de las vírgenes, y la oracion la que sigue.

Exaudi nos, Deus salutaris
noster : ut sicut de beatæ Eu-
phrasie virginis tuæ festivitate
gaudemus : ita piæ devotionis
erudiamur affectu. Per Domi-
num nostrum Jesum Chris-
tum...

O Dios, que sois nuestra sa-
lud; oid benignamente nuestras
oraciones, para que así como
celebramos con gozo la festi-
vidad de vuestra bienaventu-
rada virgen Eufrasia, así tam-
bien recibamos el afecto de una
devocion verdadera. Por nues-
tro Señor Jesucristo...

La epistola es del apóstol san Pablo á los Colosenses, cap. 13.

Fratres : Induite vos sicut
electi Dei, sancti et dilecti,
viscera misericordiæ, benigni-
tatem, humilitatem, modes-
tiam, patientiam : supportantes
invicem, et donantes vobis-
metipsis, si quis adversus ali-
quem habet querelam : sicut
et Dominus donavit vobis, ita
et vos. Super omnia autem
hæc, charitatem habete, quod
est vinculum perfectionis : et
pax Christi exultet in cordibus
vestris, in qua et vocati estis
in uno corpore : et grati estote.
Verbum Christi habitet in vo-
bis abundanter, in omni sa-
pientia, docentes, et commo-
nentes vosmetipsos, psalmis,
hymnis, et canticis spiritua-
libus, in gratia cantantes in
cordibus vestris Deo.

Hermanos : Revestios de en-
trañas de misericordia como
elegidos de Dios, santos y ama-
dos, de benignidad, de humil-
dad, de modestia, de paciencia:
sufriéndoos los unos á los otros
y perdonándoos mutuamente
caso que alguno tenga queja
de otro : así como el Señor os
perdonó, de la misma manera
vosotros. Pero sobre todas estas
cosas, tened caridad, lo cual es
vínculo de perfeccion. Y la paz
de Cristo, en la cual habeis sido
llamados á un cuerpo, triunfe
en vuestros corazones; y sed
agradecidos. La palabra de Cris-
to habite con vosotros abun-
dantemente en toda sabiduría,
enseñándoos y amonestándoos
mutuamente con salmos, him-
nos y cánticos espirituales,
cantando agradecidos á Dios en
vuestros corazones.

NOTA.

« Habian sido convertidos á la fe los Colosenses
» por Epafras su primer obispo, que se hallaba á la
» sazón preso en Roma con el apóstol san Pablo.
» Noticioso este de que algunos falsos apóstoles les
» enseñaban una mala doctrina, queriendo intro-
» ducir los errores de algunos judíos tocante á los
» ángeles, á quienes hacian autores de la naturaleza,
» superiores á Jesucristo, y contando al Dios de los

» judíos por uno de ellos; les escribió desde Roma
 » esta epístola, así para desengaños, como para
 » darles armas contra aquellos embusteros. Escri-
 » bióla el año 62 de nuestro Señor Jesucristo. »

REFLEXIONES.

La caridad, la dulzura, la humildad y la paciencia fueron siempre el carácter de los escogidos de Dios: *Induite vos sicut electi Dei, sancti, et dilecti, viscera misericordiae, benignitatem, humilitatem, modestiam, patientiam.* La señal por donde el mundo conocerá que sois mis discípulos, dice el Salvador, será si os amais unos á otros. Aprended de mí, dice en otra parte, que soy manso y humilde de corazón. No da el apóstol otra lección á los fieles; sobre todo quiere que la caridad, que es el vínculo de la perfección, reine en sus corazones, y que destierre de ellos todo resabio de división y de resentimiento; que pues todos profesan una misma ley, pues á todos anima un mismo espíritu, pues todos siguen una misma doctrina, pues todos veneran un mismo Evangelio, practiquen todos poco mas ó menos unas mismas virtudes. Por estas señas, por este retrato ¿se conocerán el día de hoy los verdaderos fieles? Según Jesucristo, la caridad recíproca, la caridad benéfica es el distintivo de los escogidos de Dios; ¿pero á la verdad es ella también nuestro distintivo? Los zelos, las envidias, el odio, la división reinan casi en todos los corazones. Ni la afinidad, ni el enlace, ni el mas estrecho parentesco bastan para producir una verdadera amistad; esta es forastera, es peregrina en todo el mundo; es milagro si encuentra asilo en algunas pocas familias: ¿y se podrá decir que la paz de Jesucristo triunfa en nuestros corazones? *¿Et pax Christi exullet in cordibus vestris?* El interés, la ambición y la codicia introducen

en todo la inquietud y la confusión. Las pasiones son los únicos oráculos que se consultan, y los únicos dueños á quienes se obedece.

No parece sino que el desórden ha adquirido derecho de prescripción, según ha extendido su dominio, y según lo pacíficamente que reina. Con todo eso la Religión nunca se muda; el Evangelio, que debe arreglar nuestras costumbres, siempre es el mismo. La Iglesia no nos da hoy otras lecciones que las que daba san Pablo á los Colosenses. La misma ley, los mismos mandamientos y la misma doctrina: pero ¿podremos añadir con verdad, los mismos fieles, los mismos cristianos, la misma inocencia de costumbres?

Verbum Christi habitet in vobis abundanter: habite en vosotros abundantemente y muy de asiento la palabra de Dios. Y bien: ¿logra en nosotros la palabra de Dios esta plenitud permanente? Es cierto que se lee, que se predica, que se oye; ¿pero se obedece? Ella convirtió en otro tiempo á todo el universo; ¿mas el día de hoy reforma muchas familias? Sin embargo de eso no tiene menos virtud por sí misma en estos últimos tiempos, de la que tuvo en los primeros siglos. Este grano celestial no ha bastardeado; pero el terreno está hecho un herial, las pasiones lo desecan; no está cultivado, no sabe producir mas que espinas y cambrones; los pasajeros lo pisan, y las ocupaciones temporales lo endurecen. Miremos con los ojos del alma el retrato que hace san Pablo de los cristianos de su tiempo. ¿Qué diferencia, buen Dios, entre fieles y fieles, viviendo todos bajo una misma regla y una misma fe! ¿Y en medio de tan enorme desproporción, se vive tranquilamente! ¿los cristianos se alegran y se divierten! ¿Pues quién causa en nosotros esta seguridad?

El evangelio es del cap. 8 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus turbis : Vos de mundo hoc estis, ego non sum de hoc mundo. Dixi ergo vobis quia moriemini in peccatis vestris : si enim non credideritis quia ego sum, moriemini in peccato vestro. Dicebant ergo ei : ¿ Tu quis es ? Dixit eis Jesus : Principium, qui et loquor vobis. Multa habeo de vobis loqui, et iudicare, sed qui me misit, verax est : et ego quæ audivi ab eo, hæc loquor in mundo.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas : Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo ; por tanto os dije que moriréis en vuestros pecados ; porque si no creéis que yo soy, moriréis en vuestro pecado. Dijéronle : ¿ Quién eres tú ! Dijo Jesus : El principio, el mismo que os hablo. Muchas cosas tengo que decir y que condenar en orden á vosotros, pero aquel que me envió es veraz ; y yo lo que le oí á él, eso es lo que hablo al mundo.

MEDITACION.

DE LA IMPENITENCIA FINAL.

PUNTO PRIMERO.

Considera que vivir en pecado es la mas funesta desgracia ; pero morir en pecado es el cúmulo de todas las desdichas.

El pecado sin la muerte es un gran mal ; es, hablando propiamente, el único mal que hay que temer ; pero este mal no excluye la esperanza de todo bien, antes bien puede servir de materia á las mas excelentes virtudes ; puede ser, como efectivamente lo ha sido en muchos grandes santos, asunto y ocasion de la mas admirable penitencia. Mas el mayor, el supremo mal es el pecado con la muerte : el pecado que imprime en la muerte el carácter de su malicia ; la muerte que estampa el último sello en la impenitencia del pecador. El pecado hace á la muerte fu-

nesta para siempre. ¡ Qué consecuencia tan terrible ! La muerte hace para siempre irremisible al pecado. ¡ Qué suerte tan triste, tan espantosa !

La muerte en pecado apaga todo rayo de esperanza. Ya no hay mas gracia que pedir, ya no hay mas cielo que esperar, ya no hay Salvador adonde acudir, ya no hay misericordia que aguardar. La ternura de madre en Maria para con los pecadores, la compasion de la Iglesia para con sus hijos, el precio infinito de la sangre de Jesucristo, todo se acaba, todo cesa, todo se perdió para el pecador por la muerte en pecado. La impenitencia final le destierra para siempre de la compañía del pueblo de Dios, y borra su nombre del libro de la vida. Por la muerte en pecado la justicia divina imprime un carácter indeleble de reprobacion en aquella alma infeliz ; los demonios son su pueblo, el infierno su habitación para siempre, el fuego y los tormentos son su herencia, la rabia y la desesperacion su pasion dominante, la condenacion su suerte y su destino. ¡ Impenitencia final, funesta muerte en pecado, qué espantosa eres ! Y esta es la suerte de casi todos los que viven en delicias, de esos disolutos atolondrados, de esos grandes del mundo tan poco cristianos, de esas mujeres sin religion, de esos pecadores que dilatan para la muerte su conversion y su penitencia. Morir en desgracia del principe, en el polvo, en el abandono ; morir en la tristeza, en los dolores, lleno de infamia, gran mal es ; pero no es mal sin remedio, ni destituido de consuelo, como no concurren juntos la muerte y el pecado. Mas la muerte en el pecado, la muerte con el pecado, la muerte, como sucede muchas veces, por efecto del pecado ; busca, imagina, si puedes, desconsuelo mayor, desdicha mas espantosa. ¡ Y se teme hoy mucho, ó dulce Jesus mio, se teme hoy mucho esta espantosa desdicha !